

Reseña

Alejandro Auat

Situación y mediaciones. Nuestra democracia: entre populismo y neoliberalismo.

Rosario. Editorial Fundación Ross. Primera edición 2021. 253 págs. Prólogo de Oscar Madoery.

Reseña de Elena Luna
Universidad de Buenos Aires

El filósofo Alejandro Auat nos presenta en este volumen una selección de artículos, ponencias y presentaciones efectuadas en años recientes. Las muy variadas fuentes a las que el autor remite en apoyo a sus análisis al mismo tiempo que afirma la relevancia superior de un *pensamiento situado*, social y políticamente comprometido con una determinada realidad geocultural, agrega argumentos a quienes cuestionamos que pensamiento situado sea sinónimo de pensamiento autoctonizado. La situacionalidad del pensamiento no implica autoctonismo sino capacidad de leer con mente y ojos propios, cultural y políticamente enraizados, las ideas provengan de donde fuere.

Todo pensamiento es pensamiento situado, aún (¿o sobretodo?) el convencionalmente considerado “pensamiento universal”. En una serie de conferencias brindadas en 2004 en Canadá, Immanuel Wallerstein se refirió, precisamente, a lo que denominó “universalismo europeo”, calificándolo como “El discurso del poder” significando que es algo más que un “debate de ideas”. Desde la antropología y la historia, Eric

Wolf llamó la atención sobre el origen de las grandes teorías políticas en la necesidad de dar respuesta a desafíos planteados por la realidad social, continuando el desarrollo de la tesis planteada medio siglo atrás por Neil Wood acerca de la historia social de la teoría política en la que destacó, asimismo, el involucramiento de los formuladores de esa teoría en los acontecimientos de sus tiempos, comenzando con Aristóteles. Auat rastrea elementos constitutivos del pensamiento situado en el desarrollo de las concepciones filosóficas occidentales, desde la polémica medieval sobre los universales en la baja Edad Media hasta sus expresiones contemporáneas (págs. 223 y sigs.).

Al mismo tiempo hay en todos los trabajos aquí reunidos una inocultable tensión entre la pluralidad de referencias a las que el autor recurre y el lugar desde el cual ellas son trabajadas, que se resuelve en el plano discursivo. Auat no discute con sus fuentes, todas las traídas a colación son coincidentes con sus propias posturas. No se advierte en sus intervenciones una actitud crítica, cuestionadora, de las ideas transcritas o glosadas más que interrogadas, desde un pensamiento que al mismo tiempo se autodesigna como situado, desde un sitio y circunstancia que no siempre, más bien raramente, es el del enunciador o enunciativa que se toma como referencia/apoyo de las propias proposiciones.

Ciertamente puede responderse a esto argumentando que la crítica al neoliberalismo y al individualismo como principios fundantes de un modo de conocer y actuar es el elemento adversarial que otorga homogeneidad sustantiva a la diversidad de referencias, y al conjunto de éstas y el lugar en el que se instala el autor del libro. Empero ello implica desconocer o soslayar la consideración de las diversas y con frecuencia contradictorias situaciones desde las cuales se formula esa crítica en los textos fuente y sus muy variadas proyecciones y corolarios prácticos. En este aspecto el autor no se mete en las polémicas suscitadas en torno a los autores y autoras con cuyos hilos teje sus propios argumentos. Posiblemente ello se debe a las características de los materiales que componen su volumen: ensayos breves que enuncian asuntos complejos que demandan un mayor, más profundo y teóricamente contextualizado abordaje. Útiles, sin embargo, para llamar la atención sobre un asunto o aspecto particular y sugerir una forma de encararlo.

Auat participa de una concepción agonal de la política. La política es conflicto, lucha entre diferentes formas y fines de la vida en comunidad. A partir de esta concepción elabora sus reflexiones sobre el populismo y la democracia y la adversariedad de uno y otra con el neoliberalismo. La posibilidad de recuperar la democracia puesta en crisis por el neoliberalismo sólo es posible, sostiene, a través del populismo, porque democracia y populismo comparten un mismo núcleo sustantivo: la soberanía popular, negada y agredida por el neoliberalismo. Retoma la identidad entre populismo y política pretendida por Laclau -criticada desde distintos ángulos por Benjamín Arditi, Jon Beasley-Murray, Carlos Vilas, Slavoj Žižek y otros- y a través de ella la simbiosis democracia-política planteada por Rancière. La democracia, concluye nuestro autor, es la política misma.

Sin democracia (sin una “democracia significativa” precisa en la pág. 21) no hay política “sino orden policial, gestión administrativa o gobernanza económica. Sólo la democracia es acción política” (pág. 117). Afirma así, de la mano de Laclau y Rancière, la existencia de una relación de esencial y recíproca subsunción entre populismo, democracia y política. Pero esencia es una cosa y existencia otra. ¿Cómo explicar las disonancias frecuentes entre la esencia postulada por el discurso y la empecinada realidad de nuestras sociedades –lo que Maquiavelo llamaba “verdad efectiva de las cosas”–?

Manteniéndose en el terreno discursivo, afirma nuestro autor que esta relación toma cuerpo y se sostiene a partir de la constitución del pueblo como sujeto de esos tres elementos. En la visión de Laclau la tarea principal de una política *radical* (sic) es la constitución de un pueblo. En la visión de Auat es esa constitución la que hace posible la triple identidad populismo/democracia/política. El pueblo, afirma, se constituye en la lucha por la igualdad, cuestionada brutalmente por el neoliberalismo: “Las condiciones reales para la constitución del pueblo como sujeto de la política implican, pues, el antagonismo” (121). *Pueblo* es entonces una relación de confrontación y lucha con miras a un fin: la igualdad contra la desigualdad generada o profundizada por el neoliberalismo. Es más, por lo tanto, que una relación de clase, aunque el autor no explora en qué consiste ese *plus*: ¿proviene de la complejidad de las configuraciones sociales (como, por ejemplo, en *La historia me absolverá* de Fidel Castro), de la eficacia de la política de construir una síntesis a partir esa misma pluralidad?

¿Es realmente la igualdad lo que está en juego, o una determinada concepción de justicia? Porque la justicia es una forma legitimada de desigualdad, según advirtieron ya los clásicos, reelaboraron las corrientes socialistas (marxistas o no) y discuten la teoría política y la antropología; una forma particular de desigualdad que según Aristóteles se relaciona con el tipo de régimen político y, según Boaventura de Souza Santos, con cuestiones de definición. ¿Qué tipo o clase o idea de igualdad impulsa y orienta la lucha/constitución de un pueblo? ¿Cómo se manifiesta esa igualdad en qué dimensiones de la vida en comunidad?

Auat soslaya esta problemática tan cara a la filosofía política. Sin embargo, la enunciación de una finalidad que orienta el antagonismo pone al énfasis en la lucha a salvo del inmanentismo nietzscheano (la lucha por la lucha misma, expresión de una pulsión propia de la naturaleza humana) o del relativismo sociologista. El reconocimiento de que se trata de una relación de antagonismo orientada por un determinado objetivo define una demarcación entre quiénes constituyen el pueblo y quiénes no. Una demarcación que no es *de* clase (¿*sólo de* clase?) como acertadamente señala Auat, en cuanto no se reduce a ella, aunque –interpreta esta reseñadora– no la descarta. Pueblo es más que una relación de clase entendida como relación con el mundo de la producción, el intercambio o el consumo, pero no es ajena a la configuración de las clases ni, en general,

del mapa de actores que se involucran en las luchas por la igualdad y la configuración de las cambiantes relaciones de poder, en los términos concretos en que esas luchas se desenvuelven. Pueblo sintetiza dimensiones objetivas y subjetivas que se resumen en su definición confrontativa con el sistema/estructura de poder.

Los rasgos con que el autor presenta al neoliberalismo así lo indican. El neoliberalismo es la racionalidad del capitalismo global. La relación entre sus dimensiones económico-políticas –globalización, financierización, híper mercantilización– y las subjetividades que se generan a partir de ellas es ilustrada por Auat recurriendo a la conocida expresión de Margaret Thatcher: “la economía es el método, el objetivo es cambiar el corazón y el alma” (p. 50). El neoliberalismo (re) instala la superioridad del individualismo, del emprendedorismo, de la *self made person* respecto de lo que es de todos (no hay *todos* sino $1+1+1+\dots n$). Exalta la artificiosidad del Estado y postula lo pernicioso de sus intervenciones, restrictivas de la libertad así, en general y abstracta. Es “una *gubernamentalidad* que se adapta a cada tiempo y espacio, sin necesidad de ser una ideología dominante”. Esto último es desconcertante, porque uno de los aspectos que más destaca en el neoliberalismo es su eficacia en el rediseño de la mente y los hábitos de la gente, los modos en que las personas interpretan, piensan, actúan –la “reestructuración del alma” le llama Wendy Brown: el persistente formateo de la opinión pública y privada, en consonancia con los valores, fines y procedimientos del capitalismo financierizado y globalizado, que son innegablemente valores y fines de clase.

El enfoque practicado por el autor, de enunciación de hipótesis no siempre validadas, hace difícil vincular la aparición de esta variante del capitalismo con algo más que cambios en el mundo de las ideas abstractas o de las teorías económicas. Llama la atención por caso la referencia al filósofo Antoni Doménech y su explicación del origen del neoliberalismo en el desarrollo de la teoría económica (que Doménech exagera presentándola como “revolución marginalista”) y la ausencia de mención, en la extensa transcripción de Auat, a hechos fundamentales en el desarrollo de ese pensamiento fundacional del neoliberalismo, como el seminario convocado en 1938 en París a partir del libro de Walter Lippmann *An Inquiry into the Principles of a Good Society*, o las reuniones de la Sociedad del Monte Saint Pelerin en la segunda posguerra.

El núcleo de ideas que ahora llamamos neoliberales estaban dando vueltas en ámbitos reducidos del mundo académico desde antes de la década de 1930, huérfanas de articulación en el mundo de la política que las pudiera transformar en acciones de cumplimiento efectivo. La crisis de 1929, el descalabro del sistema económico subsiguiente, la nueva guerra mundial, el desarrollo del *Welfare State* como respuesta a las tensiones geoestratégicas del capitalismo jaqueado desde varios frentes, impidieron a esa variante de la teoría echar ancla en la dura realidad de las cosas. El terreno estuvo fértil cuando aquellas respuestas resultaron agotadas y los desafíos del socialismo real y el tercermundismo

se mostraron intransitivos. La ventaja de las ligeramente renovadas viejas ideas es que ellas habían logrado mantenerse en barbecho frente a las adversidades; pudieron sacar ventaja de la nueva situación cuando la ocasión se presentó y eso explica el inocultable tono de revancha, o de mandato misionero, que caracterizó a sus postuladores y a las políticas que se implementaron. Si bien la referencia no es particularmente académica, es interesante la reconstrucción del ascenso de Margaret Thatcher al gobierno británico en la serie televisiva *The Crown*: los conflictos políticos y sociales, las sucesivas victorias y derrotas de conservadores y laboristas, el hábil aprovechamiento de circunstancias fortuitas, que desembocaron en ese resultado.

La eficacia del neoliberalismo en el modelado de las ideas y las conductas de la gente, su capacidad para resignificar sentidos y significados y de presentar como nuevos viejos conceptos e ideas, es planteada con acierto en varios de los textos que integran el libro. No es este un atributo particular del neoliberalismo, pero el neoliberalismo posee y despliega una agenda específica de asuntos y de instrumentos que Alejandro Auat destaca. Todo sistema de dominación debe construir hegemonía si pretende que sus propias ideas y sus objetivos formen parte del sentido común de las mayorías. Para eso se hace necesario “inventar” vocablos y discursos, resignificar los que ya existen, asignarles valores en función de los nuevos enmarcamientos. Antonio Gramsci y Karl Polanyi, cada uno por su propio sendero, demostraron la relevancia de los procesos de construcción de sentido en la configuración de los regímenes políticos. El estudio de Sarah Babb sobre las transformaciones del pensamiento económico mexicano en el último tercio del siglo pasado y lo que va del actual, o el análisis de Yves Dezalay y Bryant Garth de la mundialización de las “guerras de palacio” en el mismo periodo, muestran procesos de concreción y especificación en dos ámbitos fundamentales de la vida en sociedad –la economía, el derecho– en los que es particularmente notoria la gravitación del pensamiento y las políticas del neoliberalismo.

No obstante su perspectiva situacional, es indudable que la preocupación central de los ensayos que integran este volumen está en el mundo de las ideas más que en el análisis de situaciones históricamente configuradas o del modo en que las ideas operan en términos de producción de efectos pertinentes; por lo menos, hay un claro sesgo en ese sentido. Las respuestas que el libro ofrece a la interrogante “¿Qué hacemos con el neoliberalismo?” (pág. 100) son genéricas y predominantemente discursivas, pese a que de lo que se trata, se afirma al mismo tiempo, es de su “superación práctica” (ibid). Si bien puede ser cierto que “Nada hay más práctico que una buena teoría” (K. Lewin), existen en nuestros días algunas, no muchas, experiencias prácticas sobre las que valdría la pena reflexionar teóricamente desde el momento y el lugar –la situación– en que se reflexiona: la “marea rosa” sudamericana de las décadas recientes, las idas, vueltas y enredos de las socialdemocracias del capitalismo “renano”, los rumbos del socialismo chino, y sus respectivas confrontaciones, reformulaciones, reacciones ante el capitalismo neoliberal.

A esto refiere, entiende esta reseñadora, "...la *situacionalidad* como constitutiva de todo pensar" (pág. 185). El autor sistematiza con acierto los rasgos básicos de lo que entiende por pensamiento situado y, como ya se dijo, los rastrea desde la Edad media hasta nuestros días, identificándolo en autores (y algunas, no muchas, autoras) tanto de Europa como de Latinoamérica. Empero no va más allá de ese nivel entre descriptivo y prescriptivo, discursivo en todo caso, consistente con las fuentes contemporáneas que trae a colación.

El libro de Alejandro Auat es así representativo de una corriente de pensamiento que formula críticas a ciertos enfoques empiristas y formalistas que se han instalado con fuerza en los terrenos de las ciencias sociales latinoamericanas y en muchas de nuestras universidades como efecto coetáneo al avance neoliberal en los otros órdenes de la vida en común. Lamentablemente la frecuente suscripción de metáforas contundentes desde la perspectiva literaria sin una atención al desenvolvimiento real de los acontecimientos tiende a considerar aquéllas no como figuras retóricas sino como descripciones efectivamente verificadas. A veces es así, otras muchas no lo es: a pesar de la fuerza literaria de las metáforas, el capitalismo no odia a todo el mundo, como pretende Lazzarato: lo mercantiliza; el neoliberalismo no es una teología, como Villarreal interpreta: es, a lo sumo, una estrategia pastoral. El sentido, el valor, la relevancia de una idea se realizan en su expresión en la práctica, no simplemente en el plano en que son enunciadas. El síndrome de las arañas acecha la mente de los filósofos (F. Bacon).

La que este libro propone no es la única crítica existente o posible al neoliberalismo; es de lamentar la falta de interlocución con ellas. Corresponde al lector o lectora juzgar acerca de la relevancia, pertinencia y eficacia de la que el libro sustenta.